

COMENTARIOS

INTERNACIONALES

LAS NACIONES UNIDAS: RETROSPECTIVA DE UN AÑO

El primer aniversario de la creación de las Naciones Unidas como un organismo para mantener la paz mundial, pasó casi inadvertido. En los Estados Unidos, aun en las sesiones del Consejo de Seguridad de aquellos días, nadie hizo referencia a que un año había transcurrido desde San Francisco. Solamente Sir Alexander Cadogan, representante británico en el Consejo, hizo un discurso conmemorativo al pueblo inglés en que analizó con notable objetividad el estado actual de la nueva organización, concebida entre tantas esperanzas e infundado optimismo.

Claro está, que no sería justo aseverar que las Naciones Unidas lleva un año completo de existencia. Después de la redacción de la Carta fundamental en San Francisco, hubo que esperar la aprobación de las naciones más directamente interesadas. Después de la aprobación del número necesario, había que organizar las diversas dependencias que estaban señaladas en la Carta. Nada estaba hecho y no fué, por consiguiente, hasta comienzos del año en curso, que estos organismos particulares llegaron a convertirse en realidad. Mas bien podríamos decir que solamente desde enero de 1946 está funcionando dentro de cierta normalidad las Naciones Unidas. Pero se ha realizado lo suficiente para justificar una apreciación general porque todas sus actividades han revelado con inusitada elocuencia las deficiencias y las potencialidades de la nueva entidad.

Todos reconocemos que durante los dos meses de la conferencia de San Francisco se hizo una propaganda en la prensa y por la radio tan demesuradamente que se llegó a crear un ambiente peligroso de ilimitado optimismo. Se hablaba y se pensaba en que la conferencia lograría, primero, una paz; y segundo, el mecanismo adecuado para mantener y defender esa misma paz. Este error fué compartido por muchísimos que no comprendieron que había entonces y continúa todavía en el fondo de todo análisis de la Naciones Unidas, una contradicción tremenda que el mantenimiento

de una paz que todavía no existe. Solamente ahora estamos en el umbral de una conferencia de paz donde se espera concluir los arreglos necesarios para restablecer la normalidad internacional entre las naciones, satélites del Eje. Todavía no se ha intentado en absoluto precisar las condiciones de paz para Alemania o el Japón. Estamos francamente en un periodo oscuro y tenebroso en que priva una suspensión de las vías respiratorias internacionales. Estamos, con franqueza, en Europa y en el Lejano Oriente, en una época de guerra que solamente se distingue de la que terminó en verano pasado por el hecho de que no hay combatientes armados. Un distinguido comentarista en uno de los periódicos de Nueva York observó hace poco que "la guerra continúa aunque los ejércitos no se están matando". Esto es rigurosamente cierto. Por lo tanto, la labor de las Naciones Unidas ha tenido que desarrollarse al lado, y con simultaneidad, de los esfuerzos completamente independientes de las grandes potencias para echar las bases preliminares de una paz duradera.

He aquí otra contradicción fundamental que afecta las futuras actividades de las Naciones Unidas en forma directa. Hay dos entidades en el mundo contemporáneo, empeñados en echar los cimientos de un orden estable: las Naciones Unidas y las Grandes Potencias. Las potencias pertenecen a las Naciones Unidas e influyen decisivamente en sus deliberaciones, pero las Naciones Unidas, como tal; los cincuenta países que forman su conjunto, nada tienen que ver con la labor de las potencias. Cuando los Ministros de Relaciones Exteriores se reunieron en París en mayo y junio de este año, obraron con la más completa independencia de las Naciones Unidas. Prevalcía la voluntad exclusivista de las cuatro. Los intereses, aspiraciones o inquietudes de las naciones mal llamadas menores, no contaban para nada. Las cuatro grandes estaban haciendo la paz que más tarde las Naciones estarían llamadas a hacer respetar y, sin embargo, no existía ninguna relación entre las dos organizaciones.

Todos nos estamos dando cuenta cada día más de que la paz que ha de seguir la última guerra será la obra más totalitaria de que se tiene noticia. La cruda realidad es; que en contraste con la conferencia de Versalles, los artífices de la paz actual proceden con un desdén olímpico respecto a la opinión o los intereses de todos aquellos países que no caben en esa

clasificación inflexible de grandes. La proposición sostenida originalmente por M. Molotov en París de que al reunirse la conferencia general el 29 de julio, debían las grandes señalar, de antemano y con toda precisión, los detalles del procedimiento, revela con una claridad meridiana que las ponencias no esperaban más que un acatamiento ciego por parte de los demás países. Invitados no a colaborar sino a aprobar lo anteriormente dispuesto. Este método ha distinguido todos los procedimientos desde el día en que terminaron las hostilidades armadas. Este hecho escueto, la dominación total por parte de las potencias mayores, es una realidad que constituye el cuadro; el marco central dentro del cual es necesario colocar las Naciones Unidas.

Una organización internacional no es solamente una entidad administrativa. No es un cuerpo de funcionarios con un mecanismo predeterminado que entra en vigor cuando ciertas circunstancias se producen. Una organización internacional necesita como todo cuerpo viviente un alma, una **motivación**, si lo podemos llamar así, espiritual. Es ante todo, una **idea**, a la vez que una **cosa**. Las Naciones Unidas carece de este impulso espiritual sin el cual nace como cuerpo muerto.

Podemos reducir a cuatro puntos fundamentales la historia de las Naciones Unidas hasta la fecha:

1.— No ha contribuido nada al "desarrollo de relaciones amistosas entre las naciones", según reza la frase en el preámbulo de la Carta orgánica.

2.— A pesar de ser en su esencia una autoridad que descansa en la voluntad de las cinco grandes, no ha dado prueba de haber contribuido a esa unanimidad de sentimiento y de acción que fué el argumento principal en San Francisco.

3.— Las potencias mayores no han podido ponerse siquiera de acuerdo sobre la interpretación de la Carta. La discusión reciente acerca de España, no fué, en el fondo, un debate sobre los méritos o defectos del régimen franquista, sino una controversia en torno a lo que significaban ciertas frases de la Carta.

4.— Su mérito principal estriba en que las Naciones Unidas han servido de formidable tribuna internacional. Su existencia es útil desde el punto de vista de proporcionar a todos un foro público desde el cual exponer sus ideas.

El preámbulo de la Carta —como suelen ser los preámbulos de este tipo de docu-

mento— consigna como uno de los propósitos fundamentales de la organización, el contribuir a las relaciones estrechas y amistosas entre los países. Nadie, a menos que no fuese un optimista irremediable, afirmaría que en el año que ha transcurrido desde San Francisco, las relaciones internacionales hayan mejorado o que las Naciones Unidas hayan contribuido visiblemente a una mayor armonía entre las naciones. Más bien, las evidencias de una creciente tirantez, de una tensión que cada día se hace más intolerable, ha sido la historia exacta de estos últimos doce meses. La atmósfera internacional, cargada de nacionalismos violentos y de aspiraciones irrealizables, no ha variado substancialmente. Las potencias mayores, en vez de dar el ejemplo de prudencia y mesura, han exacerbado por sus actos y sus intransigencias este mismo ambiente.

En San Francisco se hacía hincapié constantemente en la necesidad imperiosa e ineludible de una unanimidad entre las potencias. Esta fué la tesis de la URSS; sostenida también por la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Los países pequeños perdieron su pleito; sacrificaron su alegato, y aceptaron el fallo final, porque se les había asegurado que a pesar del poder enorme depositado en manos de las grandes, esa autoridad nunca sería ejercida en menoscabo de los intereses vitales del más débil. Se les argumentó que la unanimidad resultaba indispensable, pues la obligación y responsabilidad para mantener la paz, necesariamente correspondía a las potencias militarmente capaces de hacerlo.

La falacia de esta posición se ha revelado claramente desde entonces. La famosa unanimidad ha brillado por su ausencia. El fundamento mismo de la actuación internacional ha sido demostrado falso, porque las potencias mayores no han podido mantener la misma unanimidad que juzgaron tan básica en San Francisco. Todavía recordamos las frases vertidas con tanta insistencia y frecuencia en San Francisco; de que la paz del mundo sería algo fofa y deleznable si el principio de la unanimidad no fuese mantenido incólume. Las potencias, puestas de acuerdo, podrían impedir cualquier violación o alteración de la paz. El argumento tiene cierta validez. Todos nos damos perfectamente cuenta de que la futura amenaza de la paz no provendrá de Liberia ni de Luxemburgo. Todos nos percatamos de que un peligro solamente puede venir de una nación altamente industrializada con una capacidad

militar a tono con las exigencias técnicas del mundo moderno. Pero la triste realidad es que cada paso que han dado las Naciones Unidas ha demostrado que la unanimidad pertenece al terreno de la teoría, pues en efecto, en el Consejo de Seguridad, organismo máximo y autoridad suprema de la organización, las potencias mayores han carecido por completo de toda unanimidad.

Uno de los puntos más discutidos en San Francisco fué el del veto. Durante largas y penosas semanas, los estadistas debatieron la naturaleza, el alcance y el sentido sutil de esta medida. Se perdió un tiempo precioso en argumentos bizantinos y alambicados acerca de este instrumento que todo el mundo comprendió, desde el principio, representaba la voluntad de los más fuertes contra la posible oposición de los más débiles. Pero apenas se había reunido el Consejo de Seguridad, primero en Londres y luego en Nueva York, la cuestión del veto surgió con una vitalidad insospechada para desorientar a todo el mundo. En vez de haber sido esclarecido el asunto, los delegados se encontraron más ofuscados que nunca. En un solo día, el delegado de la URSS, el inefable Andrei Gromyko, lo empleó tres veces, en contradicción abierta con la intención expresada frecuentemente en San Francisco de que el veto sería usado con suma parsimonia y la máxima cautela. El negocio de España, que parecía ser algo bien sencillo, se convirtió en un debate acerca del veto. Examinando el problema español, tal como fué expuesto en el Consejo de Seguridad, observamos que no había por parte de nadie una intención honrada y sincera de someter a discusión un problema que podría ser causa de ciertas discrepancias, sino un empeño de plantear, desde el punto de vista puramente político, una cuestión que dividía profundamente a las naciones representadas. La confusión que produjo este célebre debate desprestigió como ningún otro elemento al Consejo de Seguridad. El alegato tendencioso y falso del Dr. Lange de Polonia; el apasionamiento evidente que campeaba en todo momento; el empeño en convertir estridencias retóricas en alta política internacional —todas estas revelaciones confirmaron la impresión bien pobre que mucha gente tenía de la dignidad y seriedad de este organismo internacional. En el fondo lo que se debatía era el veto y el empleo debido o indebido que de él se podía hacer. Todo indica que cuando se reuna la Asamblea General en septiembre, surgirá con nuevo vigor este mismo asunto. Lo grave es

que a estas alturas, las Naciones Unidas están todavía debatiendo la interpretación de la Carta orgánica.

Sin embargo, es útil que nos preguntemos si las Naciones Unidas no han proporcionado una maravillosa tribuna internacional para el planteamiento de las cuestiones que más agitan la opinión mundial. Todos reconocemos que hay una utilidad negativa, si se quiere, en que los asuntos se discutan. Es ventajoso para todos que haya un lugar donde los grandes y pequeños pueden hacer oír su voz. Aunque el resultado sea nulo, por lo menos se ha dado expresión y forma a los conceptos. El mundo, en una palabra, ha oído lo que de otra manera no hubiese oído. Ginebra demostró la validez de este aserto; la UN ofrece una oportunidad no enteramente despreciable para decir las cosas en un escenario internacional.

Aún más. Debemos preguntarnos si hubiéramos hecho mayor progreso sin la UN. Su ausencia total no hubiese contribuido, ciertamente a una mayor armonización de intereses. Nuestras relaciones con la díscola URSS no serían mejores. La UN puede hacer algo. No sería prudente un cinismo prematuro, aunque confesamos que el peligro de que cunda entre todos los países un cinismo bastante justificado por las circunstancias cobra más realidad cada día.

El momento culminante es el proceso hacia la integración de las Naciones Unidas. Llegará en septiembre cuando la Asamblea General celebre su segunda reunión. Hay una tendencia de dejar para la consideración de la Asamblea asuntos escabrosos que no han podido ser resueltos en la intimidad del Consejo de Seguridad. Será sumamente instructivo seguir el curso de sus reuniones, puesto que está en juego nada menos que la posibilidad de que la UN se haga el instrumento legítimo y verdadero en un orden político estable.

(New-York, Agosto, 1946).

LA URSS LLENA EL VACIO

Existe en los Estados Unidos una modesta publicación que se titula, **Human Events**, que circula discretamente y que lleva a sus no muy numerosos lectores datos y apreciaciones sobre política internacional que rara vez logra penetrar en la gran prensa diaria. Esta publicación viene dando a la publicidad una serie de estudios sobre el problema de nuestras relaciones con la URSS, firmada por el Señor Félix Morley. Además de plenamente autorizado, la revista

reconoce que el problema máximo de nuestro tiempo —al lado del cual todos los demás problemas se empequeñecen—, es la convivencia con la Unión Soviética. Como siempre ocurre, este magno problema se oscurece con frecuencia por la hojarasca y la confusión que se introducen en la discusión de sus aspectos. Tantos hay por allí que han hecho de la URSS artículo de fé. Condenan por un lado el histerismo disciplinado de los antiguos hitlerianos, pero ensalzan con una vehemencia tan extravagante la postura de la URSS en no importa que controversia, que caen en los mismos excesos que condenan. Y hay que admitir, por otro lado, que muchos de los que no comulgamos en absoluto con las doctrinas que informan el estado soviético y vemos claramente el peligro que representan para toda la civilización de Occidente, cometemos a menudo iguales excesos. Nuestro exceso procede de una tendencia de hallar en todo problema aparentemente insoluble, o, por lo menos de difícil solución, la mano soviética. El momento histórico requiere como pocos una reflexión seria; una actitud inteligente; un conocimiento preciso y cabal de lo que está pasando. Cuando se vive en un país como los Estados Unidos, donde la prensa diaria abrumba y desconcierta por su abundancia; donde el número de comentaristas y exégetas de la cosa internacional hace legión, no es extraño que después de la lectura de mil opiniones contradictorias, se encuentre el aturrido lector tan incapaz de llegar a una conclusión como antes de emprender tan ingente labor. La prensa norteamericana ha dejado de "editorializar", como solía hacer antes. Actualmente, abundan los colaboradores fijos que día tras día lanzan sus observaciones sobre los temas más heterogéneos, y muy especialmente aquellos que desconocen más. La consuencia es un alud de opiniones bien o mal formadas que rara vez esclarece el problema que se debate.

Los artículos a que nos referimos no pecan en esta forma. Al contrario, pretenden ir al fondo de la cuestión soviética, haciendo ver que no se trata simplemente de una ventaja rusa en este o aquel lugar ni de una votación por mayoría o por dos terceras en la conferencia de París. El problema ruso es infinitamente más hondo y más grave. Y el lugar donde se debate decisivamente es Alemania. En realidad, el problema capital de Europa, y por ende, de la humanidad, que es Alemania y el destino de los 80.000.000 de alemanes ubica-

dos en Europa, no ha sido tratado. Durante el último año que va desde el fin de las hostilidades armadas, toda la atención se ha dedicado a una serie de problemas puramente secundarios. Bulgaria, Hungría, Rumanía y Finlandia no son problemas de primer orden. La cuestión esencial, la **sine qua non** de todo arreglo europeo y mundial es Alemania. Y a esta altura, transcurridos casi quince meses desde el ataque victorioso a Berlín, andamos tan ofuscados como en el momento embriagante de la victoria. Ninguna entre las llamadas potencias occidentales, tiene una idea clara sobre el futuro alemán. Paulatinamente, casi a tientas, los Estados Unidos y la Gran Bretaña han llegado a la **idea** (no a la acción) de unificar sus zonas de ocupación. La promesa formal hecha en Potsdam, de buscar cuanto antes la unidad del territorio alemán para fines de su revitalización económica, no ha sido cumplida en absoluto. La URSS, que siempre alza la bandera del cumplimiento rígido e inflexible de todo acuerdo previamente tomado, se ha resistido con tenacidad a admitir que Alemania viva una vida económica normal. La población alemana en su derrota, no perdió sus derechos, sino que colocó en manos de los vencedores una máxima responsabilidad en respetar esos derechos. Y esto, para no andar con sutilezas ni ambigüedades, no se ha hecho. Hemos cometido un crimen con el pueblo alemán y al hacerlo, hemos debilitado toda posibilidad de que ese pueblo se coloque valerosamente al lado de nuestra cultura.

El Prof. David Dallin, conocido escritor sobre cuestiones soviéticas y cuyas últimas obras han hecho mucho ruido en el mundo de habla inglesa, dijo, hace tres años, en su libro sobre la URSS y la Europa de la Postguerra:

"La política de la URSS, después de la derrota del hitlerismo, será contribuir a que Alemania se mantenga como una potencia europea. Este estado es indispensable para los fines de la política rusa y su concepto del mundo capitalista".

Lo extraordinario es que haya observadores que todavía encuentran enigmática la posición de la URSS en Europa. Se habla sin cesar del enigma soviético; de la incógnita que constituye la política internacional de esa nación. En realidad, la actitud soviética hacia Alemania, para tomar solamente el caso que nos interesa inmedia-

tamente, es clara como la luz del día.

La publicación del Prof. Morley a que acabamos de hacer referencia, cita de nuevo, frases y discursos de los dirigentes soviéticos que revelan perfectamente su pensamiento. Desde el principio de la guerra, la URSS ha trabajado para lograr una república alemana soviétizada. Esta finalidad ha sido reiterada y confirmada. Durante la guerra, tanto el Presidente Roosevelt como el Primer Ministro Churchill hablaban de la destrucción del pueblo alemán y de su desaparición como una entidad política. La insistencia de los aliados de Occidente sobre la rendición incondicional fué parte de esa misma política oportunista. Los soviéticos nunca cometieron ese error. En febrero de 1942, cuando la perspectiva militar para la URSS no era precisamente prometedora, el Mariscal Stalin dijo públicamente:

"Sería ridículo identificar a la camarilla de Hitler con el pueblo alemán y el estado alemán. La historia demuestra que los Hitlers aparecen y desaparecen mientras que perduran el pueblo y el estado alemanes".

En un orden del día el dictador soviético se expresó con bastante mordacidad acerca de las expresiones de la prensa occidental. Deció en esta ocasión:

"A veces la prensa extranjera difunde la especie de que el Ejército Rojo propone el exterminio del pueblo alemán y la destrucción del estado alemán. Esta es una mentira estúpida y una calumnia incalificable contra el Ejército Rojo. El Ejército Rojo no tiene ni puede tener una finalidad tan idiota".

En noviembre de 1942 el jefe del estado soviético reiteró nuevamente su política de no destrucción de Alemania como entidad política o administrativa. Harry Hopkins, antiguo colaborador del Presidente Roosevelt, en un artículo publicado en diciembre de 1941, relata una entrevista con Stalin en que el jefe soviético le había dicho que los rusos no abrigan ningunos sentimientos de odio contra el pueblo alemán ni siquiera contra el Estado Mayor alemán. Esto fué el justo momento en que las agencias propagandistas de Inglaterra y los Estados Unidos llenaban los aires y los periódicos con las estridencias más exaltadas pidiendo la destrucción de

la nación alemana como tal; y reafirmando la rendición absolutamente incondicional.

El 10 de julio, M. Molotov, el astuto Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, publicó su ya famosa declaración sobre la unificación de Alemania. Millones de lectores en Estados Unidos encontraron inverosímil esta manifestación. El Secretario Byrnes la calificó de insólita. Sin embargo, forma parte con una ilación lógica, de las declaraciones anteriores a que hemos hecho referencia. Pide Molotov, en efecto, la soviétización de toda Alemania; ni más ni menos. Es un indicio clarísimo de la intención rusa. Por supuesto que no puede decirse en estos momentos, porque, todavía hoy fuerzas inglesas, norteamericanas y francesas de ocupación en el país. Pero cualquier persona medianamente informada, se ha dado cuenta de la creciente insistencia en Estados Unidos a favor de que las tropas yanquis en Alemania se retiren. El gobierno americano no piensa en una ocupación indefinida. Su política declarada es que la ocupación ha de terminar en una fecha más o menos cercana. La URSS, al contrario, procede como si la ocupación fuese a durar una eternidad. No hay la más leve señal de que la Unión Soviética piense en retirar sus tropas de su zona de ocupación. Las noticias que nos llegan de esta zona revelan elocuentemente que la transformación social y económica va tomando auge, con la finalidad de que constituya una parte o prolongación de la economía soviética.

M. Molotov añadió también que antes de que se pudiese hacer la paz con Alemania, tenía que existir un estado alemán y un gobierno democráticamente constituido. El Ministro soviético, con bastante sarcasmo, agregó que "el espíritu de venganza es un mal consejero cuando se establece la paz".

Los Estados Unidos y la Gran Bretaña no han indicado en el curso de este último año ninguna idea cabal en cuanto al futuro de Alemania. En Estados Unidos se habla vagamente de "reeducación" de las masas alemanas; de "denazificación" del pueblo alemán; del restablecimiento de un concepto democrático entre los vencidos. Pero la idea de una Alemania que desempeñe un papel en Europa, que forme parte del concierto de las naciones, no existe. Alemania es un inmenso vacío actualmente, y la única nación que procede con firmeza, con inteligencia, desde su punto de vista y con una idea perfectamente definida en cuanto a sus

objetivos, es la URSS. La tragedia es que las potencias occidentales están contribuyendo al triunfo de la idea soviética por su inercia, su descuido y por, ese empeño brutalmente insuficiente de mascullar frases ineptas y vacías cuando se impone una política sabia y enérgica.

Mi impresión a veces es que nos hemos obcecado con frases hechas cuyo sentido nada significa. Democratizar a los alemanes suena muy bien. Pero vayamos a los métodos y procedimientos y averiguemos exactamente lo que queremos hacer. Es fácil decir que Alemania debe ser democrática. Es otra cosa indicar a los alemanes que ven la confusión, la inseguridad y los tanteos de los aliados, qué gobierno van a tener, cómo se ha de instituir y que derechos tendrán en una Europa normalizada.

Los aliados han dejado toda la iniciativa a los soviéticos. Ellos sí tienen una política. Ellos sí pueden mantener sus ejércitos de ocupación indefinidamente. Ellos sí han tenido mucho cuidado en no lanzar amenazas vanas contra el pueblo alemán. Muchos ya se están preguntando la razón de ser de los ex-oficiales alemanes, encabezados por Von Paulus que después de Stalingrado constituían el comité de la Alemania libre. No pocos comprenden que en un momento dado, la URSS tiene ya, en sus manos, un gobierno provisional, hecho para tratar con sus vencedores.

Hay dos factores que operan en este vacío. El primero es el futuro de las relaciones entre el Occidente y Alemania. Desde luego que los Estados Unidos y la Gran Bretaña pueden reaccionar para formular una política positiva. Hasta la fecha no lo han hecho. El segundo factor es la actitud de los alemanes mismos. Los alemanes tienen hasta cierto punto la opción entre el soviétismo y el occidentalismo. Nadie sabe cómo procederán y cual escogerán. Para los antiguos nazis y simpatizadores del nazismo, el comunismo ofrece un refugio fácil. Todos sabemos con

qué facilidad ex-comunistas se hicieron nacional-socialistas en los tiempos aciagos de 1933. Se trata en el fondo de un cambio de camisa. La rigidez, inflexibilidad, dogmatismo, violencia y falta de determinación propia son idénticas en ambos movimientos. Para educar al pueblo alemán en lo que llamamos la democracia, requiere como condiciones anterior, una definición de nuestra parte de las intenciones que nos animan. ¿Queremos destruir en su totalidad las bases de la vida alemana? Entonces para cualquier alemán medianamente consciente no le queda más remedio que arrojarse en brazos de la Unión Soviética. ¿Pretendemos facilitar a los alemanes los medios para restaurar su economía y levantar la estructura de su estado tan horriblemente destruido? En este caso, lo preciso es que el pueblo alemán lo comprenda. Nada hemos hecho hasta la fecha para que Alemania entienda esta intención.

Es significativo que a raíz de la declaración de Molotov sobre la unificación de Alemania, fuera aclamada esta manifestación desde Berlín no solamente por los comunistas alemanes, sino por muchos futuros dirigentes alemanes de tendencia no-comunista. ¿Qué han ofrecido las potencias occidentales al pueblo alemán que puede compararse con el final de la declaración de Molotov:

"Nosotros, el pueblo soviético, sostenemos que sería injusto imponer una solución de este problema al pueblo alemán".

Un vacío no puede ser eterno. La naturaleza misma obra de tal manera que un vacío se llena. Si las zonas occidentales de Alemania continúan tal como ahora sin que sus pobladores sospechen las intenciones para con ellos, no sería extraño que viesan en la fórmula soviética una manera de reconquistar su dignidad, vencer la humillación que han sufrido y ganar de nuevo un lugar entre las naciones, protegidos esta vez por su poderoso vecino del este.

(Washington, Agosto, 1946).

Ricardo Pattée